

EL EROTISMO EN LA OBRA FOTOGRÁFICA DEL DOCTOR CERDÁ Y RICO



Jesús Fernández Bedmar

Catedrático de filosofía y sexólogo

*Siguen, de hecho, y seguirán existiendo
opiniones encontradas bajo los equívocos planteamientos
de sexualidad versus reproducción,
ante la confusión de aquella con la erótica y
la reducción de ésta a instinto sexual como llamada de la especie.*

Efigenio Amezúa¹

INTRODUCCIÓN

*S*e cuenta que, en una conversación entre el escritor y filósofo francés Ernest Renan (1823-1892) y el médico naturalista también galo Claude Bernard (1813-1878), se quejaba el primero del escaso interés que para la ciencia había tenido el problema del amor. El segundo

¹ E. Amezúa, *Teoría de los sexos. La letra pequeña de la sexología*, Madrid 1999.

le respondió afirmando que “el amor era una consecuencia de la nutrición”. Al parecer, el filósofo se refería al sentimiento amoroso, mientras que la respuesta del naturalista estaba referida a la función reproductora².

Este ejemplo sobre el concepto “amor” entre dos personas cultas nos sirve para ilustrar las diferentes interpretaciones o las distintas maneras de pensar de la gente al hablar sobre ciertos conceptos o temas concretos. En él se observan dos criterios distintos: cada uno de los personajes entiende y manifiesta una idea del amor desde su propia perspectiva, humanista o científica, precisamente sobre un concepto del que todos creemos tener ideas bastante claras y, por supuesto, ser capaces de defenderlas con toda seguridad. El ejemplo podría ampliarse a otros temas, más aún a aquellos que tienen relación con lo que, para muchos y de manera general, tiene que ver con el sexo y la sexualidad. A fin de cuentas, estos conceptos van a estar muy presentes en lo que sigue.

Y no es extraño que esto ocurra porque, durante demasiado tiempo, han sido temas pertenecientes al arcano o que rozaban el secretismo, cuestiones que apenas se conocían aunque todos hablaran de ellas porque nos afectan muy profundamente; incluso podían llegar a ser conversaciones consideradas como mal vistas y que, para bastantes personas, se resumían en el neutro “eso” que, queriendo servir para mucho, acababa no sirviendo para nada o no aclarando nada de lo que se quería decir. La sexualidad y el sexo, al creer que se reducían a asuntos de la “entrepierna” o del “bajo vientre”, han estado marcados por el oscurantismo, por el tabú de lo desconocido, en definitiva, por la ignorancia. Sin embargo, nunca hemos creído que la causa de tal desconocimiento se debiera a mala fe de los educadores sino, más bien, a la falta de noticias, a la ignorancia no responsable de una cuestión que, a la postre, resultaba escabrosa y no era fácil de investigar. En este sentido, la misma consideración ha tenido todo lo que rozaba, de alguna manera, el tema sexual aunque no se supiera muy bien de qué iba la cosa.

Evidentemente, no fue así para todo el mundo. En todos los ámbitos del saber hubo personas que se negaron a relacionar sexo con “entrepierna” o sexualidad con temas de “dudosa” moralidad; había quienes se empeñaban en hacer ver que la cosa no era tan fácil o, al menos, no tan simple aunque no se le prestara mucha atención; hubo y hay creadores en las más variadas artes que, sin hacer alarde de nada pero sin sentir rubor por lo hecho, han dejado plasmada la belleza natural del cuerpo humano para quienes deseen admirarla; había y hay expertos que, aun con enormes dificultades en su labor de investigación y de exposición, estaban y están ansiosos de mostrar una visión más real y más humana del hecho sexual a todos los que estuvieran dispuestos a oírles; y, por supuesto, hubo estudiosos empeñados en poner las cosas en su sitio, haciendo de la cuestión sexual el objeto de una nueva ciencia, la Sexología.

De esta manera, podemos decir que hoy se han deslindado los campos y sabemos qué es lo que pertenece al ámbito sexual y qué es lo que no merece ese calificativo. Sabemos y

² A. Ponce, *Psicología de la adolescencia*, UTHEA, México.

podemos hablar de cuestiones que son muy importantes para los humanos, porque el sexo y la sexualidad hacen que nos diferenciamos en femenino o masculino, lo que no deja de ser significativo. Sabemos y debemos hablar para educar a las generaciones más jóvenes de lo que hace que una mujer sea mujer y un varón, varón. Y, lo que es más importante para lo que sigue, estamos en condiciones de observar la belleza del cuerpo desnudo sin pensar, necesariamente y al mismo tiempo, en algo morboso o sin tener que bajar la cabeza en señal de pudorosa actitud.

Entre las personas empeñadas en ver algo diferente al morbo en la sexualidad ocupan un lugar destacado quienes en sus obras han querido reflejar la perfección que descubrían en la naturaleza humana. Escultores y pintores que, aun a sabiendas de que podrían ser públicamente rechazados como exhibicionistas, provocadores u obscenos, no dudaron en representar el cuerpo de la mujer o del varón desprovisto de toda vestimenta. Artistas de todas las épocas, anónimos o conocidos, para quienes el ropaje externo sólo sirve para ocultar más que para mostrar la belleza del cuerpo humano. Expertos en representar todo lo que merece ser eternizado, y que se centran en la mujer o en el varón, sencillamente porque son los seres más llamativos de la Naturaleza. O, si se quiere, ha habido personas, al margen del arte que desempeñen, también fotógrafos, que con la capacidad de admiración del niño, sin la costra que van creando los prejuicios sociales, han sido y son capaces de mirar el mundo y lo que les rodea sin otra visión que no sea la más natural.

SEXO, SEXUALIDAD, EROTISMO Y PORNOGRAFÍA.

UN POCO DE ORDEN

Reconocida la dificultad de comprensión, cuando los conceptos no parecen suficientemente claros, se hace necesaria una mínima aclaración previa con el fin de saber de qué hablamos.

Comenzamos con el concepto “sexo” porque éste irá dando sentido al resto. Aunque al hablar de “sexo”, quienes tiempo atrás usaban la palabra creían estar seguros de lo que entendían, de modo que, al transmitir su mensaje, esperaban una comprensión correcta por parte del interlocutor, la realidad ha venido siendo bien diferente. El concepto “sexo” se ha usado de las más variadas formas y en los más variados contextos: como *instinto* para justificar actuaciones o conductas irreprimibles, se decía; para los más, con la exclusiva *finalidad procreativa*, como si ésta fuera la única posible y la única deseable; se ha aireado como uno de los *problemas juveniles*, uniéndolo al alcohol y a las drogas; se ha dicho “sexo” y se ha pensado en *órganos* o *actuaciones* genitales, siempre “de cintura hacia abajo”; se ha utilizado de manera burda o, más o menos subliminal, para vender todo tipo de productos, desde automóviles a perfumes, o desde baterías de coches a productos dietéticos; y aún podríamos añadir un largo etcétera que sólo serviría para entretenernos sin aportar nada nuevo. Sin embargo, el sexo no es más (pero, tampoco menos) que una serie de componentes

que hacen que nos desarrollemos en femenino o en masculino³, que predica de nosotros un modo de ser femenino o masculino. Es decir, desde el momento de la fecundación, cuando se une el óvulo con el espermatozoide, los elementos que intervienen en el proceso orientado hacia la producción de una mujer o de un varón, los elementos conocidos como genéticos, hormonales, neuronales, de nacimiento, morales, conductuales etc., etc., cada uno de ellos, a la manera de una carrera de relevos, va ejerciendo su labor y entregando el testigo al siguiente para que el resultado final sea el correcto: una mujer o un varón. Y normalmente suele salir bien.

En segundo lugar, el concepto “sexualidad” empieza a estar más claro. Es la cualidad humana que hace a la mujer sentirse, vivir y expresarse en femenino y al varón sentirse, vivir y expresarse en masculino, o sea, la condición que da a cada uno su propio perfil personal. Por decirlo de otra manera, la sexualidad es una propiedad inherente a cada ser humano, que le permite presentarse ante los demás de dos modos bien distintos: femenino o masculino, y que no puede ser de otra manera aunque así lo crean algunos⁴. La sexualidad también puede ser entendida como un importante valor dado que, tanto en femenino como en masculino, permite el desarrollo de todas las potencialidades y cualidades humanas o, si se quiere, admite una buena o mala educación. Por ello, consideramos legítimo el consejo de que “desde que el niño es muy pequeño hay que evitar que la sexualidad se convierta en un tema clandestino en torno al cual se alza un muro de silencio”⁵.

Por su parte, el “erotismo” vendría a ser lo que hace atractivo al ser humano. En el pasado y fruto de la división laboral, el varón solía mostrarse más ocupado en el trabajo, en la vida social y, como tal, más activo, más libre de sentimientos y, en opinión de muchos, capaz de los mayores logros sexuales; por el contrario, la mujer, encerrada en la casa, se percibía más frágil, más necesitada del apoyo masculino y, por ello, más preocupada de su cutis y de su belleza externa. A juicio de Alberoni⁶, hoy día tales diferencias se han minimizado sorprendentemente, y tanto ellas como ellos lo que pretenden es ser personas atractivas, es decir, ser objeto de deseo. Por este motivo, no es nada extraño sentirse atraído y desear ser seductor para los otros. De todos modos, no deja de ser curioso el hecho de que la palabra “erotismo”, en nuestra cultura greco-latina, derive del dios “Eros”, tal vez para expresar lo que de sublime tiene.

Por último, el concepto “pornografía” ha tenido un recorrido curioso, aunque siempre rozando lo oscuro, lo obsceno, lo escabroso sin dejar por ello de ser apetecible para muchas personas, ya se sabe, cuando más prohibido, más pícaro o más escandaloso, acaba siendo más llamativo. Originalmente la palabra hacía referencia a la descripción de la prostitución

³ Véase E. Amezá, o. c.

⁴ Conviene recordar que sólo existen dos modos de ser: femenino y masculino. Eso sí, tanto uno como otro puede admitir dos matices diferentes: hetero y homosexual sin que ello signifique, evidentemente, un tercer sexo.

⁵ A. Berge, *La sexualidad hoy*, Madrid 1971.

⁶ F. Alberoni, *El erotismo*, Barcelona, 1988.

pero, es evidente, que no sólo en la prostitución hay pornografía. Lo cierto es que, de alguna manera, la pornografía tiene mucho que ver con el comercio, en este caso de personas y con un inmenso negocio cuya industria mueve en todo el mundo más de 60,000 millones de euros al año. En la actualidad, se considera pornográfico todo material diseñado para excitar sexualmente; de ahí que se busque lo más explícito posible sin dejar margen a la imaginación. Ahora bien, esta misma acepción del término *pornografía* no tendría por qué llamar la atención negativamente; de hecho, la escena de una madre dando de mamar a su pequeño (**foto n° 1, Cerdá y Rico**), para algunos, podría ser indecorosa o de mal gusto, mientras que cualquier acción de sexo en grupo, más o menos explícita, podría no llamar la atención o ser considerada atractiva desde el punto de vista estético. Con ello queremos decir que no es fácil una definición global en la que todos coincidan.



Foto n° 1. Colección Cerdá y Rico

Dado que, en el trabajo que nos ocupa, alguien podría tomar lo que es por lo que no es, queremos que se nos permita profundizar un poco más en la clarificación de lo que entendemos acerca del concepto “pornografía”. Así, pues, para lo que sigue queremos que la *pornografía* sea entendida como el material (gráfico, video o audio) que pretende excitar sexualmente mediante el menosprecio y la infravaloración del sexo opuesto o que intenta ventajas en el terreno sexual utilizando la fuerza o el prestigio frente al más débil. No se trata de defender machaconamente la idea de quienes consideran que la pornografía anima a los crímenes sexuales; por supuesto, no tenemos nada en contra de quienes la utilizan como un “divertimiento” sin más, o para aquellos que, en su vida personal o de pareja, a modo de un sugestivo afrodisíaco, la consideran como un atractivo eficaz de sus sentimientos sexuales. Ahora bien, sí llamamos la atención sobre todo aquel producto que,

sólo por llamar la atención, exagera miembros, cacarea de actuaciones, se jacta de triunfos o lo usa para abusar de los más débiles.

No resulta fácil ponerse de acuerdo para ofrecer un criterio claro o una norma legal que, aceptada por la mayoría, establezca el límite entre lo pornográfico y lo aceptable legalmente; pero sí consideramos negativamente pornográfica la obscena explotación de la sensibilidad humana, las pinturas, fotografías o espectáculos que denigran a un sexo para hacer que prevalezca el otro; denunciamos como perversión pornográfica la utilización de jóvenes, muchas veces niñas y niños de muy corta edad, en la producción de materiales para consumo de personas sin escrúpulos, más o menos necesitadas de “experiencias fuertes”, que van en aumento, y sin preocupación alguna respecto de su “objeto” de diversión.

Cierto que las actitudes personales ante lo genéricamente llamado “obsceno” varían de una edad a otra, de un país a otro o de una cultura a otra; cierto que la educación, el respeto o la censura moral, propia de cada persona, pueden contrarrestar el aluvión de productos que pretenden escandalizar porque en el escándalo está su beneficio; pero seguimos considerando que la falta de una correcta educación, la carencia de respeto o el “todo vale” es el mejor caldo de cultivo para que se implanten conductas extravagantes, antisociales o engañosas que sólo buscan llamar la atención considerando “normal” lo que sencillamente no lo es. Además, estamos convencidos de que, en muchos casos, las escenas pornográficas pueden crear, y de hecho crean, una imagen distorsionada de las relaciones humanas, poniendo en dificultad la igualdad mujer-varón en tales relaciones, al despersonalizar a uno u otro sexo, considerándolo sólo como mero objeto de placer.

Ahora bien, la censura de la pornografía que se impusiera desde arriba se enfrentaría a un importante y difícil dilema social: de una parte la necesidad de proteger al consumidor, de otra parte la libertad y la responsabilidad personal; en este sentido, podría ser considerada la pornografía como el precio a pagar por la libertad de expresión. Algunos defienden la pornografía como un interesante medio de información juvenil cuando falta la educación sexual; y no cabe duda que el extraordinario negocio que se ha montado en torno a la distribución y venta de este material ha sido aprovechado por quienes, en la insuficiente o deficiente información sexual, han visto una buena manera de lucrarse; en este caso, el problema está en que ambos ingredientes, pornografía y carencia de educación, dan como resultado un producto explosivo porque, basándose en la exhibición y en la pretensión de audacia, la pornografía no aporta nada humano a la relación de pareja. Evidentemente, no hablamos de la pornografía como sustituto para personas aisladas, ensimismadas o con dificultades de comunicación; no es nuestra intención entrar en el ámbito privado ni establecer normas que no nos corresponden. Sólo queremos hacer ver que, de la misma forma que “lo sexual no se reduce a lo genital” (sería como tomar la parte por el todo) tampoco lo pornográfico es equivalente a lo sexual, y mucho menos en la obra que analizamos. Por ello, mediante la visualización de escenas pornográficas, una cosa quedará clara: difícilmente se va a aprender a tratar a los demás de manera correcta.

EL EROTISMO EN LA OBRA DEL DOCTOR CERDÁ Y RICO

Vaya por delante que, si bien estamos encantados de analizar algunas fotos de desnudos en la inmensa obra del doctor Cerdá y Rico, precisamente por la calidad artística y humana que encontramos en ellas, nuestro trabajo sólo pretende ser un ensayo acerca de la impresión que nos produce ver, mejor diríamos admirar o, incluso recrearnos en la calidad de detalles, en la cuidada estética o en la belleza natural que el autor supo captar en sus diferentes modelos. De otra parte, aunque hubiese sido relativamente interesante ordenar las fotos desde un punto de vista cronológico, renunciamos a hacerlo para centrarnos en lo que, personalmente, consideramos que es nuestra tarea: analizar el erotismo que encontramos en la obra fotográfica del doctor Cerdá. Por último, no entra en nuestra intención dar por concluido este tema; estamos seguros que otros vendrán para aportar sus mejores conocimientos.

Aclarado lo digno de ser aclarado, podemos aproximarnos a la obra del doctor Cerdá para ver qué nos sugiere el desnudo en su trabajo fotográfico. Es importante no olvidar que en nuestro autor, experto aficionado al retrato, se conjugan, por un lado, su labor vocacional de médico, con todo lo que ello significa en la valoración del cuerpo y, por otro lado, su enorme capacidad estética para, situado detrás de la máquina, permitirnos observar toda la naturalidad y belleza que fue capaz de ver a través de ella.

Esta escena (foto nº 2, Cerdá y Rico) presenta un desnudo que podría ser considerado como *púdico* o *decoroso*: sólo permite ver parte de un cuerpo joven femenino, sin mostrar nada que pueda resultar molesto para la chica o escandaloso para quienes la observan. Es un desnudo que “insinúa” más que muestra y que resulta erótico por ser atractivo. Es una escena en la que no hay guiños al destape o al exhibicionismo de la modelo, que posa dejando hacer al artista. No hay más pretensión que la de mostrar un cuerpo femenino capaz de llamar la atención sin necesidad de despojarlo de su vestimenta que, más que tapanlo, lo acaricia. El pudor de la joven también queda reflejado en su actitud pensativa pero despreocupada, a sabiendas de que no va a quedar reducida a un objeto de usar y tirar porque quien la está inmortalizando es un experto capaz de hacer que la vista del observador se centre sólo en ella y no en su desnudez apenas esbozada aunque sugerente; nada que ver con la vulgaridad que consiente en no ser más que lo que ofrece la apariencia inmediata. Por esa misma razón, su cuerpo aparece como instrumento expresivo de comunicación, de relación con los otros y, por supuesto, sin peligro de banalización porque, en palabras de Mounier⁷, *mi cuerpo es infinitamente más que ese cuerpo mirado o captado*.



Foto nº 2. Colección Cerdá y Rico

⁷ E. Mounier, en *El compromiso de la acción*, Madrid 1967

La siguiente escena (foto nº 3, Cerdá y Rico) no deja de resultar curiosa: siendo aparentemente más llamativa por su desnudez la modelo que posa de espaldas, sin embargo, acapara más la atención la chica que apenas muestra su hombro desnudo; no sólo porque ocupa más espacio en la escena, también porque la modelo desnuda aparece como sin estar presente. De todos modos, la sencillez y naturalidad de ambas modelos permiten contemplar una escena de absoluta naturalidad y belleza, donde no hay censura alguna para el cuerpo sino, más bien, fuente de inspiración para el artista. Se diría que son dos jóvenes que, ajenas al fotógrafo y despreocupadas de quien las observa, hablan de cuestiones intrascendentes, de asuntos banales, como si lo que está ocurriendo no fuera con ellas. En un escenario de gran barroquismo, ellas son las grandes protagonistas. La misma escena permite observar dos maneras de manifestar el atractivo femenino, sugerido o manifiesto; dos formas de hacer patente la gracia y la sensualidad que encierra, en este caso, el cuerpo femenino, sin necesidad de hacer ostentación alguna y eludiendo cualquier indicio de morbosidad innecesaria; dos imágenes en una sola para que cualquier espectador encuentre belleza suficiente para permitir que su vista descanse el tiempo que desee y se recree en la escena.



Foto nº 3. Colección Cerdá y Rico

La misma tónica puede verse en las escenas siguientes (**fotos nº 4 y nº 5, Cerdá y Rico**): muestras evidentes del experto que permite dirigir la vista al desnudo sin mostrar la desnudez de las modelos fotografiadas. En ambas se manifiesta la inmensa capacidad del autor para descubrir la belleza natural humana en su máxima limpieza; arte en estado puro, donde el artista no pretende poner ni quitar nada, porque el “objeto” que se hace patente a la cámara roza la perfección y, como tal, lo presenta; arte que valora al artista, siendo sólo transmisor de la delicadeza y frescura que encuentra en las jóvenes. El erotismo ofrecido por el autor consiste en apreciar la cualidad humana –denostada por desconocida durante mucho tiempo- que descubre lo llamativo de nuestros semejantes al tiempo que distintos, sin que ello suponga alardear de lo que no se tiene aun a costa de modificar lo propio. Las chicas dan impresión de haber sido captadas antes de posar, como si estuvieran decidiendo la postura a adoptar, o ensayando un gesto determinado, como si fueran bocetos previos a los retratos definitivos: son jóvenes modelos, incluso inexpertas y tímidas, nada que ver con los anuncios obsesos que pueden encontrarse a diario en la prensa, del tipo “universitaria sexy, muy morbosa”⁸, que sólo quieren ser reclamo para llamar la atención con vistas al negocio; con cierto recato ante la trascendencia de su acción pero ni intimidadas por nadie ni pretendiendo intimidar a nadie como, cuando en la prensa diaria se hacen anuncios para impresionar, como el siguiente: “italiana 22, rubia, curvas explosivas”⁹. Las fotografías del

⁸ Diario IDEAL, 3 de junio de 2008

⁹ Ibidem

doctor Cerdá resaltan la dimensión física de las chicas y dejan constancia de la misma sin hacer alarde de nada. Pero, no hay atisbo de lujuria, de inmoralidad o de morbo; tampoco intento de destape o exhibición por parte de las jóvenes, todo lo contrario de las escenas o mensajes pornográficos, donde lo importante es mostrar mucho más de lo que puede verse, llamar la atención exagerando órganos o forzando posturas con el fin de crear sensaciones que nada tienen que ver con la realidad y, en el fondo, para provocar excitación sexual.



Foto nº 4. Colección Cerdá y Rico



Foto nº 5. Colección Cerdá y Rico

Importa poco que la escena se produzca en un estudio o en plena naturaleza: las modelos gozan de idéntica libertad para manifestarse en su ingenuidad y sencillez, con elegancia y corrección; nada que ver con escenas en las que todo vale con tal de excitar o de vender, vendiéndose; nada que ver con escenas que mutilan al ser humano, activo o pasivo, que deforman y pervierten la belleza sexual porque deja de ser espontánea y natural para convertirse en remedio de insatisfechos o inmaduros, incluso oficio para quienes, desposeyéndolo de su dignidad, consideran el cuerpo humano una herramienta de trabajo al servicio del beneficio rápido.

La sensualidad que manifiesta la sexualidad humana no puede reducirse a la exhibición de determinados órganos, más o menos exuberantes, de igual modo que la sexualidad no puede identificarse con la actividad, procreativa o no, que sólo tiene lugar durante un período de tiempo, relativamente reducido de nuestra existencia, porque es una actividad que “no comienza con nuestro nacimiento y suele finalizar antes de nuestra muerte”¹⁰.

¹⁰ Julián Marías, *Antropología metafísica*, Madrid 1983.

La exhibición corporal es por lo general pornográfica, cuando no es el respeto la virtud que domina la escena o cuando se hace con la intención de provocar a los más que posibles espectadores. En absoluto, puede decirse que sea esta la intención de las dos escenas que siguen (**Fotos n° 6 y 7, Cerdá y Rico**); en ellas sólo se trata de destacar la belleza y la sencillez de las modelos en un ambiente del todo natural; ambiente que, por su propio entorno, cualquier vestidura de las modelos hubiera resultado completamente extraña. Ni la pose, ni el gesto de las chicas hacen pensar en deseos lujuriosos por parte del fotógrafo que sólo pretende mostrar una escena con la mayor sencillez posible. Incluso, puede decirse que las chicas se nos muestran con toda la modestia posible aunque seguras en su actitud, y hasta con cierto recato al ocultar sus genitales a la vista del observador.



Foto n° 6. Colección Cerdá y Rico



Foto n° 7. Colección Cerdá y Rico

Sin embargo, es posible que determinadas personas se acerquen a estas reproducciones con la pretensión de encontrar sólo el aspecto morboso de la sexualidad que, tal vez, lo tiene. Y es que, ante la escena de un cuerpo desnudo, caben diversas posturas: la de quienes indagan y buscan tratando de encontrar lo que está en su mente aunque no esté en la realidad; en el fondo son personas que pretenden satisfacer deseos inmaduros que, de otra manera, no tendrían oportunidad. Frente a ellos, están también quienes se escandalizan porque, incapaces de ver la sencillez del hecho y la perfección que encierra, se convierten en defensores de la moral ajena, decidiendo en cada momento lo que está bien o lo que está mal, lo que se puede ver o lo que se debe ocultar. Unos y otros confunden sus propias obsesiones con la realidad, pretenden que el mundo y los que lo habitan se adapten a sus convicciones particulares y, por

supuesto, no les importa pensar que todos están equivocados menos ellos mismos. En realidad ven maldad en la escena únicamente porque sus ojos están manchados no porque exista más allá de su propia vista.

Pero, también hay personas que observan la imagen de un desnudo simplemente como lo que es: como la expresión más natural de la realidad, presente, como lo que es sin adorno alguno, porque el desnudo agrada y es atractivo, porque es digno cuando representa la dignidad de la persona, porque alegra a la vista con una sencilla visión de la belleza, porque expresa libertad y no tiene trampas, porque no insulta, no agrede, no esclaviza, no violenta. Tampoco, en este caso, el desnudo pretende vender productos, como tantas veces nos anuncia, de manera más o menos subliminal o subconsciente, pero siempre jugando con dejar en el inconsciente el mensaje de que la próxima compra será del producto en cuestión. En definitiva, en este caso, el desnudo viene a ser la máxima expresión de la no represión.



Foto nº 8. Colección Cerdá y Rico



Foto nº 9. Colección Cerdá y Rico



Foto nº 10. Colección Cerdá y Rico

En los desnudos siguientes (**Fotos n° 8, 9 y 10, Cerdá y Rico**) podemos admirar el pudor de las modelos que el fotógrafo ha querido mostrar cubriendo parte de su encanto con un sutil velo en ambos casos.

Podría pensarse que el doctor Cerdá, con estos desnudos, sin necesidad de presentarse como mojigato o puritano, quisiera mantenerse dentro de los límites aceptados por la sociedad de su tiempo. Sería posible que, con estas escenas, intentara ceder a la idea de que el pudor femenino expresa una cierta mayor represión en la mujer, represión de la que el varón estaba a salvo. Podría ser que el autor pretendiera proteger a las chicas de miradas impertinentes. Incluso, cabría la posibilidad de que todo se reduzca al derecho que las modelos tienen a su intimidad personal frente al exhibicionismo. Sin embargo está claro que, ni por parte de las jóvenes ni tampoco por parte del autor de las escenas, hay intentos de tapar el deshonor de un acto torpe o impúdico. No hay vergüenza que lleve a ocultar lo que no se debe ver; no hay actitud deshonesto ni una pretensión exhibicionista; no hay disimulo y sí hay un equilibrio perfecto entre la intimidad personal y lo que se quiere ofrecer con los retratos: la protección íntima frente a quienes observan, es decir, la defensa del individuo frente a la sociedad. Precisamente, estos son los valores que dan categoría a las escenas, los que mantienen el misterio de las acciones humanas e, incluso, los que convierten al retrato en obra de arte al alcance de muy pocos autores.

Acostumbrados a hablar del ser humano, olvidamos con frecuencia que éste no puede existir sino en femenino o masculino. Ahora bien, unas veces porque se da por sabido, otras porque parece no necesitar decirlo, lo cierto es que la sexualidad es una realidad tanto biológica como psicológica que se instala en lo más profundo de la persona, al margen de la que, en un tiempo no lejano, fuera considerada como una única y exclusiva función. De hecho, mejor para bien que para mal, la realidad sexual conforma al ser humano en masculino y femenino, y lo dispone como ser abierto, a las cosas y a los otros seres humanos. Como no podía ser de otra manera, gracias al atractivo sexual resulta más fácil la apertura de la comunicación interpersonal y gracias también a la corporeidad sexuada nos proyectamos y accedemos a los que son distintos para dialogar. De esta manera, el máximo diálogo entre seres sexuados, siempre que es sincero, acaba siendo productivo porque de ese diálogo surge el amor.

La apertura dialógica de seres sexuados y atractivamente eróticos es la que ha sabido reflejar el doctor Cerdá en sus modelos (**Foto n° 11, Cerdá y Rico**). Y “si el cuerpo sexuado puede simbolizar la existencia total porque la realiza y actualiza”, como afirma Merleau Ponty¹¹, no cabe duda de que las imágenes siguientes (**Fotos n° 12 y 13, Cerdá y Rico**) son suficientemente explícitas del valor que el mismo tiene y del aprecio que el autor ha hecho

¹¹ M. Merleau Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona 1975.



Foto nº 12. Colección Cerdá y Rico



Foto nº 13. Colección Cerdá y Rico

de ellas. Es a través del cuerpo (siempre sexuado) como nos hacemos presentes o estamos ausentes; por el cuerpo se nos conoce y con el cuerpo conocemos; el cuerpo nos hace felices o infelices, se cansa y también reposa; con el cuerpo nos amamos y el cuerpo es la mejor y -¿Por qué no?- la única tarjeta de presentación. De ahí que el autor de estas fotografías sólo pueda ser un experto capaz de representar todo lo dicho sin la posibilidad de modificar nada el objeto que capta.

A este respecto resulta sorprendente la afirmación de su amigo el pintor Luis Manero cuando, en una postal que escribe a don Arturo, después de reconocer que “ese es el hueso¹² con que tropezamos todos los artistas”, al referirse a lo que viene seguidamente, le dice: “Difícil, muy difícil es encontrar buenos o siquiera regulares modelos y vislumbro que, para fotografía menos, porque los pintores buscamos no uno sino varios elementos que nos den la línea adecuada o el tono de color que imaginamos y aún así retocamos¹³ el natural para despojarle de inevitables defectos, pero en fotografía, como el modelo no responda, la falta de belleza salta enseguida”. No parece, sin embargo, que don Arturo tuviera el problema que le recuerda el pintor dada la belleza de sus jóvenes modelos que sí responden, como queda reflejada en los ejemplos que venimos mostrando.

Una vez más insistimos en la importancia que para el erotismo tiene el cuerpo en su dimensión simbólica. “Cuando el *eros* se despierta, incluso dentro de una tendencia homófila, provoca una irradiación psíquica agradable, que orienta hacia el punto de

¹² Subrayado en el original.

¹³ Subrayado en el original.

atracción”¹⁴. Y no cabe duda de que las imágenes que nos ofrece el doctor Cerdá, en su saber hacer, estimulan, atraen hasta el punto de que el cuerpo de las chicas se convierte en lenguaje, en comunicación, “en el único camino por el que podemos acercarnos a la otra persona y el único camino por el que ella puede responder a nuestra llamada”¹⁵. Actúa así el fotógrafo como canal de comunicación, como el mediador que permite que el simple diálogo traspase las palabras, habladas o escritas, para hacerse expresión simbólica.

No se trata aquí de cuerpos desnudos más o menos atractivos; no son tampoco realidades biológicas al servicio de un cierto placer corporal, ni son modelos que posan ofreciéndose como mercancía a la que poder asignar precio. Son, eso sí, símbolos que descubren el ser que las habita y que las dignifica. El artista ha hecho posible que el espectador pueda traspasar el mero aspecto externo, que vaya más allá de la seducción que provoca la anatomía para permitir la contemplación única de la belleza casi, se diría, espiritual. En la cámara del doctor Cerdá, dejan de ser cuerpos concretos para expresar la grandeza y dignidad del ser humano en todo su esplendor.

Por todo ello, ya no cabe mirar al cuerpo con el desprecio que ha caracterizado algún tiempo pasado cuando, por ejemplo, Porfirio, discípulo y biógrafo de Plotino, a su vez fundador del neoplatonismo, decía que su maestro “parecía un hombre que se avergonzaba de existir en el cuerpo”¹⁶. En el fondo, era una concepción absolutamente corriente, puesto que buena parte del pensamiento filosófico griego había considerado que “el cuerpo era una cárcel para el alma” o “el causante de todos nuestros males”; por decirlo de otra manera, la relación que consideraban existente entre el alma y el cuerpo era de desprecio o de extrañeza de la una respecto del otro. En nuestros días, aunque menos, siguen existiendo corrientes de pensamiento que consideran al cuerpo como un estorbo en la vida espiritual, como si ésta fuera posible sin aquél. No acaban de entender la grandeza y dignidad de la existencia corporal, única y exclusiva, como tampoco la entienden quienes sólo están dispuestos a ver la corporeidad en su aspecto más material.

Nos detenemos, por último, en dos fotos que nos llaman poderosamente la atención (**Fotos nº 14 y nº 15, Cerdá y Rico**). Ambas parecen ser una secuencia de imágenes en la que se aprecia, primero, la llegada de unas personas que aparecen después en la escena posterior. Los asistentes son los pintores López Mezquita y Rodríguez Acosta, amigos y conocedores del arte fotográfico del doctor Cerdá.

¹⁴ E. López Azpitarre, *Simbolismo de la sexualidad humana*, Santander 2001.

¹⁵ *Ibidem*

¹⁶ Citado por M. Vidal, *Moral de actitudes*, Madrid 1977.



Foto n° 14. Colección Cerdá y Rico



Foto n° 15. Colección Cerdá y Rico

Al margen de las circunstancias que rodean la escena, queremos fijarnos en el erotismo que desprende la modelo, en el respeto que muestran los asistentes dejando hacer al experto y en la calidad del momento que, en la última foto, queda definitivamente plasmada.

La escena que nos ocupa (**Foto n° 15**) puede describirse de la siguiente manera: se trata de un espacio concreto, tal vez el estudio del pintor López Mezquita; unas personas maduras que se recrean con el atractivo espectáculo que observan; la modelo, una chica joven, que aparenta estar distraída en sus pensamientos y ajena a los que pueden resultarle extraños. La luz, que procede del ángulo superior izquierdo, destaca el *objeto* central de la escena.

Profundizando más en la escena, resulta fácil reconocer cierta inocencia en la chica que posa, y bastante curiosidad en los adultos; sencillez, elegancia y modestia en la modelo que contrasta con el interés y la actitud expectante de quienes la observan; un enorme encanto natural en la joven que le hace despreocuparse, como dejando hacer al experto fotógrafo y ajena a los que miran, a diferencia de la atención, curiosidad y saber estar de quienes son conscientes de la belleza que observan.

Estamos ante una escena artística y, como tal, erótica, donde lo que hay que ver está a la vista, no hay ocultación ni afectación. Es una escena bella y llamativa donde no hay intimidación, donde todo es naturalidad y candidez; donde se exalta la dimensión física de la joven y se pretende dejar constancia de la misma.

La foto de don Arturo Cerdá es la obra del artista que, cuando vislumbra en el horizonte *algo divino*, con evidentes méritos de eternidad, pone todo su empeño para que así se prolongue en el tiempo, para dejar constancia de ello y para que sea así conocido y

admirado por las futuras generaciones. Es el testimonio de quien está convencido de que la belleza desnuda y sin abalorios es más bella a los ojos de quien la observa. Es arte que valora al artista porque ofrece su *objeto* tal cual.

Es una escena que carece de doblez: hay limpieza y total transparencia en los presentes, por parte de la chica no hay motivo para la hipocresía, por parte de los que observan tampoco lo hay para la intrusión o el fisgoneo. No hay más sentido que el se observa; no hay otras posibles interpretaciones; no hay deseo de “vender” nada y tampoco de trapichear con un producto ajeno al que se observa, nada comparable a la ostentación de órganos que busca la satisfacción de espíritus inmaduros y reprimidos; no hay mensajes secretos que permitan ir más allá de lo que se observa. Se presenta a la chica tal cual, tranquila, serena, apacible, encantadora sin más. Por supuesto, con el mayor atractivo porque en ello está su erotismo.

En cuanto a los personajes, la chica posa tranquila pero no se exhibe. Es consciente de que está siendo observada pero no se le atisba la más mínima intención de mostrar nada. Se presenta como es: joven, segura de sí, sin prejuicios, no exuberante pero provocadoramente bien formada; serena a sabiendas de que su acción es correcta; erguida, sin el menor indicio de vana presunción; con la cabeza ligeramente baja pero sin falso sentimiento de vergüenza; tímida aunque concedora de que su pose es significativa. No busca ni pretende excitar o seducir, sólo agradar. No se ofrece a nadie pero brinda su encanto a quien carezca de ilusión. Manifiesta, eso sí, la máxima expresión estética de su singular belleza. Y precisamente en eso consiste el erotismo, una acción improductiva en el contexto de una moral exclusivamente reproductora, pero una acción creadora de sujetos capaces de valorar en alto grado el hedonismo y de personas capaces de admirar la belleza circundante.

Ellos, por su parte, no aparecen en la escena como simples mirones aunque indiscutiblemente ven con sumo agrado; su dignidad y decoro están a la altura de la situación: no buscan morbo donde sólo encontrarían virtud; están presentes sin crear desasosiego en la protagonista; están como si no estuvieran, más pendientes de no distraer que de ejercer de curiosos mirones; ocupados y distraídos con el trabajo del artista más que con el desnudo de la joven. Evidentemente, sienten curiosidad pero no más de la que suscita la belleza de la escena; no pretenden traspasar límites, sólo aparecen con el decoro de quienes contemplan la acción entusiasmados.

No podemos saber si fue su intención pero el doctor Cerdá nos hace comprender la diferencia entre lo que es pornográfico y lo que es erótico, entre lo que podría ser una conducta obscena y el arte en estado puro. El autor de las fotos consigue traspasar la barrera de la confusión que, para la inmadurez habitual, significa abrir los ojos como platos para observar la desnudez del cuerpo femenino, en este caso, con el quedarse

boquiabierto ante la belleza más natural. Deja clara la diferencia entre lo que algunos se empeñan en ver aunque no esté y lo que es digno de admiración porque está presente. Saca a la luz los fantasmas de quienes se empecinan en proyectar frustraciones internas, con ojos que solo ven morbosidad en su entorno, con el fin de que esos mismos ojos aprendan a contemplar la belleza donde no hay más que belleza. Pone todo su empeño para que en la escena no aparezca represión, intimidación o vulgaridad ofreciendo sencillez, armonía y corrección sumas; se aleja por completo de un ambiente grosero, al que parecen querer acostumbrarnos algunos medios actuales, dando un ejemplo de buen hacer y de elegancia a quien quiera aprender. Consigue que aparezca lo desfasado de una moral que permitía al varón lo que negaba a la mujer, haciendo que en la escena sea ella quien se muestre mucho más liberada de todo prejuicio. Y, lo que es también importante, es capaz de no tener en cuenta el ambiente puritano del romanticismo tradicional y conservador para ofrecer una escena más realista que, incluso hoy, contrasta con quienes se empeñan en tergiversar todo para que, en el desconcierto creado, todo parezca igual.

Sin embargo, afortunadamente no todo es igual. Las escenas que nos ofrece el doctor Cerdá son agradablemente eróticas porque en ellas aparecen personas que enaltecen y ennoblecen a la belleza en sí misma, sin falsear el momento. Y es que, mientras que la pornografía puede escandalizar porque se opone al buen gusto de la mayoría, el erotismo es arte, naturalidad y recreación de lo natural. La pornografía pretende vender aunque sea basándose en el engaño y en la simulación de lo que manifiesta, el erotismo se vincula con la cultura, se basa en la verdad y esto es, precisamente lo que le hace admirable.

Más aún, la pornografía usa de la tortura o viola de manera brutal, se sirve de conductas extravagantes, antisociales o engañosas, de las que abusa para llamar la atención; el erotismo de estas imágenes atrae porque es serena seducción, agrada porque es sublime belleza y seduce respetando todos los gustos, sin generar conflictos. La pornografía dice mucho si “exhibe mucho” y siempre de manera repetitiva mientras que el erotismo, como se ve, comunica en el silencio sin necesidad de la palabra. La pornografía pretende ser audaz aunque sólo es escandalosa, indecente y carece de la serenidad que proporciona la ternura y los buenos modos del erotismo. La pornografía presenta el sexo como propio del varón, a quien fundamentalmente va dirigida, el erotismo no hace distinción de sexos porque ambos son dignos de admiración y deseo. En definitiva, la pornografía es condenable porque pretende ser lo que no es, una obra de arte.

Por último, los contenidos pornográficos escandalizan presentando lo irreal como si fuera normal, pero no el erotismo que permite ver el cuerpo sin otra mirada que la propiamente artística. La pornografía es la burda exposición de cuerpos que interactúan en

posturas que no tienen orden ni concierto o que fingen exageradas expresiones; el erotismo es, y se observa en las fotos del doctor Cerdá, una actitud ética y, sobre todo, estética. La pornografía es explícita con la exposición de órganos genitales, en muchos casos, de manera denigrante para el sexo femenino; el erotismo exalta la dimensión física del amor pero insinuando para que el observador aprenda a mirar y admirar.

Ante las fotos del doctor Cerdá y Rico, sólo cabe el reconocimiento y la admiración: son escenas de extraordinaria naturalidad y corrección; cada una de ellas es una lección de cómo presentar lo que algunos, bajo falsa capa de moralidad, no se atreverían a hacer, al tiempo que él mismo lo hace como modelo y paradigma de acción correcta; un ejemplo que, sin duda, crea escuela entre quienes están dispuestos a hacer bien las cosas.